

LECTURAS

MORFOLOGIA WAINHAUS

1, 2 | DG | FADU | UBA

EL JUGADOR, EL JUEGO

LEÓNIDAS LAMBORGHINI

EL JUGADOR, EL JUEGO

LEÓNIDAS LAMBORGHINI

1

Voy a intentarlo una vez más. Voy a tratar de hacerlo. Y aunque explicar no es mi fuerte sacaré, como se dice, “fuerzas de flaqueza” para lograrlo: explicar por escrito un juego de mi invención. Juego que he venido practicando como un ajedrecista solitario, durante tan largo tiempo que ya he perdido la cuenta. Pero el convencimiento de que no podré hacerlo le corta las alas a mi entusiasmo. Mi flaqueza puede más que las fuerzas, las pocas que me quedan. No domino el estilo divulgativo. ¿Y cómo hallaré el tono justo? Imposible. ¿Pero acaso lo imposible no le abre las puertas a lo posible? Son demasiados los miedos como para no intentar la posibilidad de sobreponerme a ellos. Los enfrento con mi miedo a morir. Y encaro la tarea. ¿El estilo corrige al pensamiento o el pensamiento corrige al estilo? *Respire finem*. Dicho en vulgar: se acabó lo que se daba.

2

Sigo.

El que explica, se sabe, es culpable: sin embargo, espero de ustedes la absolución. Espero que sabrán comprenderme. Sí, hay cosas. Cosas que si se explican se embrollan más y lo señalan a uno, lo ponen en evidencia. Mejor no explicar. Mejor decir: “he venido postergando desde siempre la explicación de ese juego de mi autoría pero ya no puedo seguir dejando esta cosa para mañana. No puedo. Porque ahora, como les dije, tengo una certeza; ésta: que el tiempo se está acabando para mí. Y, además, no hay testigos. Repito, sólo yo lo he practicado. Soy el único en este mundo que puede dar testimonio y razón de la existencia de este juego al que he llamado ‘Juego del Modelo’”.

3

No tengo la más mínima intención de provocar un escándalo al poner al alcance de ustedes los secretos de este juego: sus características, sus reglas.

La sangre, confío, no llegará al río que, por otra parte, ha demostrado su gran capacidad de absorberla. Aunque, convengámoslo, todavía no del todo. ¿Vale ser cínico? Y si no ¿cómo hay que hacer para seguir viviendo junto a el río?

Pero hay algo más que tengo que decir. Y lo diré sin rodeos: he sido abofeteado, en más de una ocasión, por mi mujer. ¿Cómo soportar, entonces, el recuerdo de esta humillación y el tufo a sangre remanente del río? ¿Cómo?, me pregunto sabiendo la respuesta: jugando este juego de mi invención. Tratando de entenderlo más cada día. ¿Porque habría algo más ridículo sobre esta tierra que un jugador que no acabara de entender su propio juego?

El Juego del Modelo es el juego de las resonancias creadas por la reescritura del Modelo.

4

No me considero para nada original. Pienso, por el contrario, que este juego, como idea, existió siempre ya que pone en el centro el problema de la estereotipia: esa rigidez que asfixia a la vida. Y, por consiguiente, a la Poesía y demás Bellas Artes. Lo que ocurre hoy ocurrió siempre. Pero, sin arriesgar, ¿cómo se sigue avanzando hacia eso que nos estaba esperando como algo nuevo si era lo mismo de siempre?

El “Juego del Modelo” se nutre de ese absurdo, de esa contradicción.

5

(En estrecha comunión con el Modelo, luego de haberlo reescrito según las reglas de mi juego, comprobé que despidió una fragancia, un frescor, una alegría ciertamente contagiosa, desbordante. Es el premio, he pensado, por haber aceptado el peligro de vivir otra vez.)

6

(Pero no todo es miel sobre hojuelas, no todo es soplar y hacer botellas, no todo es sembrar y cosechar. En algunas ocasiones, a la luz de magros resultados, reflexioné que quizás no valió la pena haberlo hecho. Haber torturado esas formas olímpicas, ya instaladas en su Cielo, y comprobar que seguían resistiendo. En esos casos, pienso, la “personalidad” del Modelo pudo más. Y, sin embargo, en esas ocasiones, alguna vez, lo escuché decirme en un susurro: “Sí, soy Perfecto, pero en tu reescritura sigo aprendiendo”.)

7

Sigo, pero antes, Coleridge.

Coleridge, poeta inglés (1772-1834), fue abofereado por la Perfección: el rasgo más saliente de la “personalidad” de cualquier Modelo apreciado como tal. Para Coleridge las llamadas “obras maestras” eran como “pirámides” de las que “ninguna piedra ha de moverse sin que se vengán abajo”. Afirmando que fue abofeteado, yo que cambié lo he sido, porque sólo así se explica su servil dictamen. Recibió los bofetones y no se atrevió a pasar de allí. La Perfección como una Gorgona, lo intimidó, lo detuvo: lo convirtió en Modelo.

8

Ninguna implicancia que vaya más allá de lo antedicho. Ninguna fastidiosa noción de trascendencia que ensombrezca el horizonte de este juego, que no es otro que el de jugarlo. Sólo el puro juego. Su pura práctica. Su puro cálculo. Y su puro azar.

Tenemos la lectura que hace del Modelo el jugador. Lectura que pone a foco (de “relieve”) su materia verbal. Esa lectura lleva a la reescritura. Reescritura que el Modelo le pide, le solicita, preso de la estereotipia como lo está: el jugador lo siente así. Y subraya algunas de sus palabras o agrupaciones de palabras, que él intuye que son clave para desentrañar lo que el Modelo oculta y quiere (el Modelo), de una vez, revelar. El Modelo, la “Pirámide”.

Estamos en el meollo. Trataré de eludir, en lo posible, el acecho de la Jerga. Aquí voy. Lo que ocurre desde siempre en la vieja Casa de juegos de la Literatura, lo que viene ocurriendo y repitiéndose en esa anciana mansión tal vez desde que abriera sus puertas, es la reescritura del Modelo sin interesar su materia verbal, ni su sintaxis. Ni su combinatoria ni su puntuación. La “novedad” de lo que he dado en llamar “Juego del Modelo” es que sí, interesa todo eso.

El largo y ya conocido galanteo del derivado con su Modelo en términos de tangenciación, ha dado paso a la relación por intrusión (en el Modelo), lo que lo pone en crisis. Hay penetración. En el primero de los casos, el derivado es una copia o un émulo del Modelo; en el segundo, un hijo algo difícil. Como en pintura, por ejemplo, las sucesivas reescrituras que hace Picasso de “Las meninas”, de Velázquez.

Lo dicho: nada de qué alarmarse.

Dejo que mi cabeza se hunda en la almohada.

Sigo; pero antes, el tema de la puntuación: aspecto que considero de la mayor importancia en el desarrollo de la partida.

Se trata, más bien, de una notación al modo en que se entiende en la música.

La puntuación, en la reescritura por intrusión, que es la que aquí nos interesa, genera un efecto de quiebre, de balbuceo, como de criatura extraña recién venida al mundo. Y esto se compadece con el juego de esa reescritura que parecería estar ensayando, por vez primera, sus posibilidades.

Una puntuación que invita a paladear cada palabra. Y hasta cada sílaba y cada letra del Modelo.

Puntuación que lleva el ritmo de la vida: de una nueva vida para el Modelo liberado de la situación de Monumento.

Tenemos, ahora, esas fragmentaciones del Modelo remarcadas por el jugador, convertidas en “piezas” del juego. Tenemos el corset sintáctico roto, lo que permite jugarlas libremente en otra combinatoria y con otra puntuación. Las condiciones para iniciar la partida están dadas. El tablero de juego es el Texto del Modelo. ¿Es esto iconoclastia? ¿Falta de respeto? No es mi intención. Por otra parte, pienso, no hay mayor escándalo que convertir al Modelo en una momia célebre, pero momia al fin y al cabo.

La sustancia momificadora se llama estereotipia. Pero hay que apostar, aunque la apuesta sea la Nada.

¡No va más!

Juego, penetro la materia del Modelo. Traspaso sus límites. Su magma verbal se agita. Su gramática estalla. El Modelo ha vuelto a su caos original. ¿Volvemos a la creación del mundo? ¿Ahora se entenderá? La estereotipia ya ha cedido. *É pur*. La sensación de libertad es muy grande. Pero hay que estar atentos. Muy atentos. Cada cual. Sólo el juego. No se piense en otra cosa. No se distraiga la mente en otra cosa.

[De Leónidas Lamborghini: *El Jugador, el juego*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2007].